

CATEGORÍA A. (E. PRIMARIA) MODALIDAD GRUPO

“Los tres mosqueteros” Alejandro Dumas

D'Artagnan, furioso, había atravesado la antecámara de tres saltos y se abalanzaba a la escalera cuyos escalones contaba con descender de cuatro en cuatro cuando, arrastrado por su carrera, fue a dar de cabeza en un mosquetero que salía del gabinete del señor de Tréville por una puerta de excusado; y al golpearle con la frente en el hombro, le hizo lanzar un grito o mejor un aullido.

-Perdonadme -dijo D'Artagnan tratando de reemprender su carrera-, perdonadme, pero tengo prisa.

Apenas había descendido el primer escalón cuando un puño de hierro le cogió por su bandolera y lo detuvo.

- ¡Tenéis prisa! -exclamó el mosquetero, pálido como un lienzo-.

-Con ese pretexto golpeáis, decís: «Perdonadme», y creéis que eso basta. De ningún modo, amiguito. ¿Creéis que, porque habéis oído al señor de Tréville hablarnos un poco bruscamente hoy, se nos puede tratar como él nos habla? Desengañaos, compañero; vos no sois el señor de Tréville.

-A fe mía -replicó D'Artagnan al reconocer a Athos, el cual, tras el vendaje realizado por el doctor, volvía a su alojamiento-, a fe mía que no lo he hecho a propósito, ya he dicho «Perdonadme». Me parece, pues, que es bastante. Sin embargo, os lo repito, y esta vez es quizá demasiado, palabra de honor, tengo prisa, mucha prisa. Soltadme, pues, os lo suplico y dejadme ir a donde tengo que hacer.

-Señor -dijo Áthos soltándole-, no sois cortés. Se ve que venís de lejos.

D'Artagnan había ya salvado tres o cuatro escalones, pero a la observación de Athos se detuvo en seco.

- ¡Por todos los diablos, señor! -dijo-. Por lejos que venga no sois vos quien me dará una lección de buenos modales, os lo advierto.

-Puede ser -dijo Athos.

-Ah, si no tuviera tanta prisa -exclamó D'Artagnan-, y si no corriese detrás de uno...

-Señor apresurado, a mí me encontraréis sin comer, ¿me oís?

- ¿Y dónde, si os place?

-Junto a los Carmelitas Descalzos.

- ¿A qué hora?

-A las doce.

-A las doce, de acuerdo, allí estaré.

-Tratad de no hacerme esperar, porque a las doce y cuarto os prevengo que seré yo quien corra tras vos y quien os corte las orejas a la carrera.

- ¡Bueno! -le gritó D'Artagnan-. Que sea a las doce menos diez.

(...)

Pero a la puerta de la calle hablaba Porthos con un soldado de guardia. Entre los dos que hablaban, había el espacio justo de un hombre. D'Artagnan creyó que aquel espacio le bastaría, y se lanzó para pasar como una flecha entre ellos dos. Pero D'Artagnan no había contado con el viento. Cuando iba a pasar, el viento sacudió en la amplia capa de Porthos, y D'Artagnan vino a dar precisamente en la capa.

(...)

- ¡Por mil diablos! -gritó Porthos haciendo todo lo posible por desembarazarse de D'Artagnan que le hormigueaba en la espalda-. ¿Tenéis acaso la rabia para lanzaros de ese modo sobre las personas?

-Perdonadme -dijo D'Artagnan reapareciendo bajo el hombro del gigante-, pero tengo mucha prisa, corro detrás de uno, y...

- ¿Es que acaso olvidáis vuestros ojos cuando corréis? -preguntó Porthos.

-No -respondió D'Artagnan picado-, no, y gracias a mis ojos veo incluso lo que no ven los demás.

Porthos comprendió o no comprendió; lo cierto es que dejándose llevar por su cólera dijo:

-Señor, os desollaréis, os lo aviso, si os restregáis así en los mosqueteros.

- ¿Desollar, señor? -dijo D'Artagnan-. La palabra es dura.

-Es la que conviene a un hombre acostumbrado a mirar de frente a sus enemigos.

- ¡Pardiez! De sobra sé que no enseñáis la espalda a los vuestros.

Y el joven, encantado de su travesura, se alejó riendo a mandíbula batiente.